

Adonde
VUELAN *las*
GOLONDRINAS

ELIZABETH BOWMAN



VESTALES

© Editorial Vestales, 2015.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Bowman, Elizabeth
Adonde vuelan las golondrinas, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2015.
416 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-05-9

1. Narrativa. 2. Novelas Románticas. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-05-9

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2015 en Gráfica LAF SRL,
Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Para Elizabeth, con todo el cariño, de mamá.

*Si le hubiera cortado las alas habría sido mío,
no habría escapado.
Pero así habría dejado de ser pájaro.
Y yo... yo amo a los pájaros.*

Txoria txori, Mikel Laboa.

PRIMER VOLUMEN

CAPÍTULO I

Cypress Lodge, Greenbough, sur de Inglaterra, 1859.

—**M**ARTIN ACABA DE ROMPER NUESTRO COMPROMISO —
anunció Rebecca y se llevó el dorso de la mano a la nariz y contuvo un sollozo.

A continuación, dobló la carta que sostenía entre sus manos insistiendo dolorosamente en los tres dobleces del papel, suspiró en profundidad y se mantuvo con la cabeza inclinada y vuelta a un lado.

Los rayos de sol entraban de forma oblicua en la estancia atravesaban los paneles de colores que conformaban la vidriera de la sala de té y creaban un hermoso sendero luminoso donde danzaban millones de partículas de polvo. Y en ese perfecto halo de luz permanecían suspendidas durante unas milésimas de segundo, hasta que se deslizaban de forma cadenciosa desde lo alto de la colorida cristalera hasta el sucio suelo de tabla. En un rincón, frente a la chimenea, un esquelético gato color ceniza al que le faltaba la punta de la cola se doblaba en contorsiones imposibles para limpiarse las partes nobles y carecía de todo atisbo de dignidad tanto en su pose como en su con-

cienzuda tarea. Sobre todo, al ejecutar ambas delante de tres damas.

—¿Así? ¿Sin mediar palabra? —Violet levantó la vista de la labor con un marcado ceño fruncido que le otorgaba un severo halo de displicencia—. ¿Y a través de una simple carta? ¡Inadmisible! —Meneó indignada la cabeza sin dejar de resoplar. Dos mechones cortos se soltaron de las horquillas que los prendían encima de cada oreja—. ¡Qué despreciable cobarde!

—¡Violet! —La amonestación de la señora Hale desde su posición frente al fuego no sirvió para calmar los ardientes ánimos de la menor de sus hijas, aunque sí para espantar al afanoso gato, que abandonó la estancia convertido en una exhalación grisácea. Tampoco sirvieron de incentivo la intencionada elevación de cejas en dirección a Rebecca o la sonrisa llena de dientes con que pretendió silenciar a la vehemente joven. La indignación de Violet resultaba en esos momentos muy superior a cualquier intento de persuasión—. ¡Te prohíbo que hables en semejantes términos de nuestro querido Martin!

—¡Pero es cierto, madre! ¿Acaso no es un despreciable cobarde? ¡Oh, santo Cielo, siempre lo ha sido, el muy...!

Apretó los labios y de un fuerte tirón rompió el hilo que unía su aguja al bastidor.

—Violet Hale, modera tu lengua cuando hables de nuestro...

La joven resopló de hartazgo.

—¿En serio vas a tolerar este comportamiento en tu querido Martin? —Abandonó a un costado de la silla la labor al tiempo que alzaba la barbilla hacia su abatida hermana mayor—. ¿Después de haberla sometido a diez años de tedioso compromiso, ahora ese maldito decide romper la relación? ¿Y acaso tú vas a cerrar los ojos y a obviarlo todo? ¡Por Dios,

resulta imperdonable! —El color que le adornaba el semblante evidenciaba la indignación que bullía en su interior—. Ese cretino se ha asegurado de mantenerla retenida durante todo este tiempo con palabrería barata y promesas imposibles —jadeó enfadada—. Y ahora que él mismo parece haberse aburrido de una relación estancada ha decidido felizmente romper el compromiso. ¡Y con qué aplomo lo comunica a través de una simple carta!

—Violet, no creo que sea el momento de... —siseó entre dientes la señora Hale.

—¿Cómo podría resultar tal asunto tolerable, madre? Incluso tú deberías ver que se trata de una canallada en toda regla.

Y lo era. Ciertamente, si aquella carta albergaba semejante noticia, y todo parecía indicar que así lo hacía, había que reconocer que el querido Martin acababa de dejarlas en una situación verdaderamente lamentable. El querido Martin, al enviar aquella horrible carta, acababa de clavar a cada una de las Hale una estocada mortal en mitad de la espalda. No pasaría mucho tiempo hasta que semejante herida las llevara a desangrarse delante de todo el vecindario.

Virgilia Hale observó a Rebecca en silencio durante un largo minuto al tiempo que dotaba a su labio superior de los frunces necesarios para ofrecer una necesaria imagen de preocupación. Frente a ella, la muchacha permanecía perfectamente erguida en el asiento, atildada con la escasa dignidad que su reciente situación le concedía. Sostenía en el regazo aquella humillante sentencia como el reo que acaba de conocer el veredicto inexpugnable de un juez y con resignación acepta la sentencia. Sin que sirviera de precedente, la contestataria e irreverente Violet parecía, esta vez, tener razón, y tal certeza

la hacía borbotear como una tetera anunciando la hora del té. En esos momentos, solo le faltaba silbar, porque el humo que le salía por las orejas estaba a punto de delatarla.

Martin Keats había dado rodeos durante diez largos años alimentando las esperanzas de la primogénita de los Hale –¡y las de toda la familia!– con falsas promesas de matrimonio. Y cuando cualquiera de las moradoras de Cypress Lodge había hecho referencia a la incierta resolución del compromiso, el joven se había excusado y achacado los continuos aplazamientos a la falta de recursos económicos y a su deseo de alcanzar una posición más ventajosa dentro del estudio de abogados de su padre antes de independizarse y formar su propia familia. Argumentaba que no deseaba depender de nadie a la hora de ofrecer una vida acomodada a la señorita Rebecca. De nada sirvió que la señora Hale le ofreciera quedarse en Cypress Lodge durante todo el tiempo que consideraran oportuno mientras la situación no se estabilizara y le cediera, así, a su yerno los privilegios del cabeza de familia, desierto tras el fallecimiento del señor Hale y disponibles mientras el joven Hale no alcanzara una edad apropiada. Todo habían sido excusas por su parte, aplazamientos absurdos y ridículos remilgos por parte de un muchacho de buen porte y aún mejores arcas familiares.

Cada vez que Rebecca había llevado a cabo cualquier intento de acercamiento, convenientemente aleccionada por su madre, echando mano de un coqueteo torpe y desmañado a causa de su falta de experiencia y de la pudorosa educación que le habían inculcado, él se había limitado a esquivar sus zalamerías sin ningún tipo de sutileza, ajustarse el *cravat* con altivez, atusarse las patillas y alzar las manos a modo de barrera defensiva como si ante él se presentara el mismísimo de-

monio luciendo unas lustrosas pezuñas, mientras le exigía a la prometida un mínimo de cordura y moderación. ¿Y qué mujer enamorada es capaz de mostrarse comedida después de diez largos años de compromiso durante los que, y estaba completamente segura de ello, aquel aprendiz de abogado ni siquiera le había despachado un miserable beso?

Lo que la señora Hale ignoraba, principalmente porque Rebecca jamás había sentido el menor deseo de compartir sus pensamientos con su madre, era que aquel amor juvenil, que había ido arraigándose en su hija del mismo modo que una enfermedad mortal se arraiga en los cuerpos sanos aunque vulnerables, fue poco a poco secándose en su corazón hasta llegar a extinguirse por completo, habiendo sido semejante extinción perfectamente respaldada por cada gesto de indiferencia del señor Keats, por cada halago nunca dicho, cada beso nunca dado o cada caricia inexistente. La señora Hale solo era consciente de que ahora la pobre Rebecca se había convertido, ¡por culpa de aquella dichosa carta!, en una muchacha de veintisiete años sin posibilidad alguna de resolver provechosamente su futuro.

—¿Estás completamente segura del contenido de esa carta, querida? —La señora Hale se expresaba apenas en un murmullo—. Es probable que hayas entendido mal los deseos de nuestro Martin.

Rebecca, por toda respuesta, suspiró de hartazgo y alargó el brazo sin volver la cabeza mientras sostenía entre los dedos aquel amargo doblez de papel de vitela en la que agonizaban sus esperanzas.

—Puedes leerla si lo deseas, madre, no me importa. En realidad, nada importa ya, ¿verdad?

Violet se levantó de un salto dispuesta a devorar el contenido garabateado del papel, pero, ante un enérgico movimiento de cabeza de su madre, interrumpió con evidente disgusto la iniciativa y regresó a su asiento. Rebecca suspiró ocultando de nuevo la carta en la oquedad de la falda. Un rizo rojo se liberó de la presión de las horquillas para balanceársele sobre la nivea clavícula.

—Parece ser que durante su reciente viaje a Nueva Escocia ha descubierto nuevas formas de esparcimiento capaces de tentarlo más que las perspectivas de una vida conyugal. Dice que, tras sopesarlo largamente, ha decidido concederme la libertad —sonrió con amargura— y liberarme, así, de la jaula en la que injustamente me mantuvo retenida durante toda una década.

Alzó una mirada vidriosa que en realidad no fue capaz de fijarse en ningún punto concreto. Una lágrima, una sola en realidad, osciló en el arco azafranado de sus pestañas.

—¡Canalla! ¿Cómo se atreve? —Violet pateó el suelo con el tacón de su botina—. ¡Seguro que ha conocido a alguna de esas descaradas yanquis obsesionadas por cazar un marido inglés! ¡Dios, cómo las detesto! ¡Tengo entendido que ni siquiera llevan calzones bajo sus encopetadas faldas! ¡Asquerosas, cochinas...!

—¡Violet, ya basta! ¡Estás ofendiendo a tu hermana! —La señora Hale abandonó su asiento y se acercó a la mayor de sus hijas para hacer reposar la mano en el delicado hombro de la joven, apretándolo bajo los dedos a modo de silenciosa coacción. Rebecca inclinó todavía más la cabeza para obligarse a concentrarse en el riguroso trenzado de la alfombra—. ¿Dónde se encuentra el señor Keats en estos momentos, querida?

Tragó saliva antes de responder. ¿Realmente era necesario pasar por todo aquel absurdo interrogatorio que no hacía

otra cosa más que desgarrarle el alma? ¿Realmente su madre sería tan cruel como para obligarla a continuar hablando de Martin Keats? Era evidente que sí.

—Permanece todavía en ultramar. Ha decidido prolongar su estancia de forma indefinida.

Violet se dispuso a proferir una nueva blasfemia, pero la fulminante mirada materna frustró de inmediato el propósito.

—Quizá deberías escribirle y obligarlo a volver, cariño. Te mereces una explicación mucho más distendida que la que pueda ofrecerte a través de una simple carta. —Persuadida de que aquella idea ofrecía renovadas esperanzas a la familia, continuó hablando—: Sí, eso haremos. Le escribiremos además a su padre; él lo hará entrar en razón. —Suspiró con languidez antes de llevarse las manos a las sienes e iniciar una sempiterna letanía, que sonaba como un penoso y repetitivo réquiem y que sus hijas llevaban años escuchando de forma ininterrumpida—. Si el señor Hale estuviera todavía entre nosotros, nada de esto estaría pasando, pero, lamentablemente, soy una mujer sola e indefensa con tres hijos a cargo. ¡Pobres de nosotros! El mundo se aprovecha continuamente de las flaquezas de los más débiles...

—Madre, por el amor de Dios... —cortó Violet con el ceño fruncido.

Pero la señora permanecía inmune a cualquier intento de persuasión. Llevaba demasiados años ensayando aquella oración y haciendo uso de ella en los momentos de mayor flaqueza emocional como para olvidarse, ahora, de su rutina. Y, sin duda, no existía momento de mayor flaqueza que el presente, en el que el castillo de naipes que durante tantos años llevaba construyendo en silencio se tambaleaba de un modo peligroso.

—Puedo asegurar que el señor Hale lo obligaría a volver y le exigiría una satisfacción inmediata por faltar al compromiso adquirido con tu hermana. —La mujer se sacó del generoso escote un pañuelo de mano y se lo llevó a los ojos para tratar de enjugar unas lágrimas ficticias—. Pero él no está, y, lamentablemente, Damien es todavía un muchacho que no se defiende bien con la espada...

Rebecca volvió rauda la cabeza.

—No puedes obligar a Damien a resarcir las ofensas a sus hermanas, madre; ¡apenas tiene quince años!

—Por supuesto que no —exclamó Violet, que llevaba un buen rato conteniéndose en su asiento, como un caballo de la Rowley Mile que piafa inquieto en su posición antes de sonar el pistoletazo de salida—, yo puedo desafiar a ese cobarde mucho mejor de lo que lo haría Damien. Nunca me ha caído en gracia ese cretino. —Dio un salto al frente y enarboló el brazo en el aire como lo haría si empuñara un arma blanca—. Le arrancaré de una firme estocada su horrenda peluca de rizos empolvados. Le segaré la garganta mucho antes de que tenga tiempo de decir ni un “ay”.

Rebecca dirigió una mirada suplicante a su madre con la esperanza de que la señora Hale fuera capaz de poner fin a semejante insensatez.

—¡Deja de decir tonterías, Violet Hale, eres una señorita y por mi vida que jamás empuñarás una espada! —zanjó, y Rebecca sumó un suspiro de alivio al resoplido indignado de su hermana menor. Pero las cosas no iban a ser tan fáciles; la señora Hale no iba a dejar correr aquel asunto—. Escríbele, Rebecca —insistió con peligrosa determinación—, yo misma hablaré con él: lo obligaré a entrar en razón. Al fin y al cabo, es un hombre, tiene derecho a distraerse de sus obligaciones de

vez en cuando. Todos lo hacen. Dejémosle que se divierta un poco, que se desfogue, y ya verás cómo regresa a nosotras más dócil y complaciente que al principio.

Rebecca observó a su madre horrorizada. ¿En serio podía pensar así? ¿En serio esperaba que consintiera los caprichos y deslices de su prometido como si tal cosa y luego recibirlo con los brazos abiertos? Se llevó dos dedos al puente de la nariz y apretó con fuerza obligándose a inhalar una ingente cantidad de oxígeno. Aquello era completamente ridículo.

—Organizaremos una cena familiar y conseguiremos ablandar su corazón y hacerle olvidar las vanas distracciones de ultramar. Nuestro querido Martin no podrá defraudarnos ante la perspectiva de un buen asado y un delicioso pastel de carne —continuó la señora Hale—. Jamás lo ha hecho y por mi vida que tampoco lo hará esta vez.

—¿Obligarlo a entrar en razón, madre? —La mayor de las Hale sonrió con acritud—. ¿Crees que es eso lo que deseo? ¿Obligarlo a afrontar algo que lleva diez años evitando desesperadamente? —Sofocó una risa cáustica—. Por el amor de Dios, ¿no te das cuenta de que eso sería humillarme todavía más?

—¡Rebecca Hale, resulta preferible una humillación a tiempo antes que la certera condena a un futuro deshonoroso! —bufó su madre—. Le suplicaremos a Martin Keats si es necesario, eso tenlo por seguro, pero no te resignarás a la soltería a estas alturas de tu vida.

De un modo sorprendente, la siempre sensata y dócil hermana mayor no guardó silencio esa vez. Se levantó decidida de su asiento y, alzando la barbilla, se cuadró ante la oronda señora.

—No, madre, no estoy dispuesta a permanecer ni un solo segundo más sometida a los deseos de un hombre que no muestra el menor interés por mí.

La señora Hale intentó sujetar por el codo a su hija, pero ella rechazó el contacto con sutileza.

—¿Cómo dices?

—¡Mírame! —Abrió los brazos de par en par exponiéndose por completo al escrutinio de su madre—. En apenas un minuto me he convertido en una solterona de veintisiete años que a esta altura no deja de ser una carga para su familia. ¿Y crees que a Martin le ha importado lo más mínimo la situación en la que acaba de dejarme?

—Pe... pero...

—Jamás podríamos verte como una carga, Rebecca —intervino Violet, que se expresaba con ansiedad—. ¡Díselo, madre, dile que jamás sería una carga para nosotras!

Pero la señora Hale, por toda respuesta, apretó los labios e inclinó la mirada. Ese mes, parte de los colonos se habían retrasado en pagar sus rentas obligando a la familia a encarar una austeridad más agresiva que la que llevaban practicando en los últimos tiempos. Rebecca oprimió con fuerza los maxilares. El oscilante vaivén de su pecho elevaba graciosamente la muselina de su escote y evidenciaba un conocimiento real de la penosa situación económica que atravesaba la familia.

—Lo soy, hermana. Las tres somos conscientes de ello.

Violet cruzó con violencia los brazos sobre el pecho y adelantó el labio inferior en un pueril gesto de disgusto. La señora Hale exhaló con lentitud mientras se proporcionaba aire con el torpe abanico en el cual había convertido su pequeña y regordeta mano izquierda.

—A esta altura, debería estar casada y poseer mi propio hogar y mi propia familia; en lugar de eso, sigo viviendo en Cypress Lodge y abuso de una renta con la que difícilmente puede subsistir el resto de la familia, sin contarme. Además —agregó mientras miraba a su hermana con pesar—, el hecho de que yo permanezca todavía soltera es un gran impedimento para que puedas resolver tu futuro favorablemente, mi querida niña.

—¡No me importa, no me importa! —exclamó Violet con la mirada brillante a causa de las lágrimas no derramadas—. ¡No deseo casarme jamás! Y lo sabes. ¡Maldita sea si deseo en lo más mínimo desposarme con un hombre que de seguro roncará y pedorreará toda la noche en nuestra cama!

—¡Violet! —bufó su madre tornándose más roja que los tomates maduros del pequeño huerto.

Rebecca tuvo que esforzarse para contener la risa ante la vehemencia de su hermana menor.

—Me retiraré al Norte y criaré caballos si hace falta —continuó—. Pero jamás te veré como una carga, hermana. Jamás serás una carga para mí.

—¡Violet Hale! —rugió la madre avanzando a trompicones hacia la muchacha en un vano intento por alcanzarla y darle un pescozón.

Ardía de indignación ante la posibilidad de que tal sentencia echara raíces en la alocada cabecita de su hija pequeña. Una hija soltera suponía una gran incomodidad, pero dos resultaba una auténtica tragedia. Por fortuna, Violet fue considerablemente más rápida y pudo ponerse a salvo del brusco aspaviento con el que su madre barrió el aire a su alrededor.

—Todas sabemos que a los veinte años podemos considerarnos demasiado mayores para ser cortejadas y que llegar

solteras a los veinticinco implica una condena segura a la soltería. —Madre e hija abandonaron su particular contienda para prestar atención a las palabras de Rebecca—. Resulta irónico, pero ya me consideraba a salvo de convertirme en una patética solterona de la que todo el mundo se compadece.

Y, en efecto, había estado a salvo hasta que Martin Keats, mediante generoso y desinteresado sacrificio, renunció a ella y la devolvió al frenético mercado de jóvenes disponibles; aunque el muy cretino no hubiera tenido la decencia de devolverla cuando se encontraba aún en edad casadera.

—¡Nadie se atrevería a compadecerse de ti jamás! —se apresuró a apostillar su hermana.

—Pero si apenas tenemos para comer. —Sonrió con amargura—. Y en nuestro desván hay más ratas que en todo el East End.

—¡Eso no es cierto! —bufó la señora Hale meneando indignada los volantes de la cofia.

El reciente esfuerzo llevado a cabo la había dejado sin aliento y había perlado, además, de un fino sudor sus generosas carnes.

—Las tres sabemos que sí lo es, madre. Desde que padre abandonó este mundo, malvivimos con una precaria renta de doscientas libras cada una.

Hizo una pausa para mirar a su hermana, que permanecía al borde del llanto, y a su madre, que permanecía al borde del colapso cardíaco.

—¿Y qué pretendes hacer? —preguntó la señora Hale con ansiedad—. ¿Cómo piensas mejorar tu situación, nuestra situación, si no deseas arreglar las cosas con Martin?

Rebecca inhaló profundamente por la nariz y elevó la barbilla hacia sus interlocutoras, que la observaban expectan-

tes. El corazón batallaba en su pecho como un mazo batiendo contra un cepo de madera y sus pulsaciones, o al menos, eso le pareció a ella, resonaban de forma monstruosa por toda la estancia.

—Voy a marcharme de Greenbourgh —sentenció decidida.

La señora Hale boqueó como un pez arrojado violentamente fuera del agua. Si en esos momentos hubiera sido coccada en el estómago por el percherón más robusto de los establos de su difunto esposo, su impresión no podría haber sido mayor.

—¡No, no puedes hacer eso! ¡De ninguna manera! —Agitó la cabeza con tal violencia que la carne flácida de sus mejillas tembló como la gelatina de un pudín—. Huir no es la solución. ¿Qué pensará el vecindario? —Su ceño repentinamente fruncido le otorgó a su rostro una expresión siniestra—. Te lo prohíbo, Rebecca Hale, ¿me oyes? Te lo prohíbo rotundamente.

La agitada señora se llevó una mano al pecho y oprimió con fuerza. Comenzó a respirar en exceso, inhalaba en profundidad y exhalaba mediante jadeos agudos y breves. Sus rodillas se doblegaron y su rostro, enrojecido y tenso, auguraba la inminencia de un ataque cardíaco. Pero las jóvenes, perfectamente habituadas a los accesos de hipocondría de la madre y al cuento con que solía adornar todos sus males, parecían hacer caso omiso al actual ataque. De hecho, Rebecca continuó con su razonamiento sin ni siquiera reparar en la penosa interpretación.

—Ahora que por fin mi carcelero ha decidido mostrar su cara más amable al abrirme la cancilla de la jaula —sonrió con amargura al recordar aquellas malditas letras—, necesito volar

y encontrarme a mí misma, madre; necesito encontrar mi camino. Llevo demasiado tiempo encerrada con las alas atadas.

La señora Hale se recompuso con encomiable rapidez de la embolia. Se enderezó y recuperó el ritmo normal de respiración. La observó horrorizada, como el pastor que acaba de presenciar bajo el púlpito la blasfemia más inconcebible y aun así debe mantenerse en pie por el bien de la congregación. ¿Y qué mayor blasfemia para una madre que tener que presenciar y tolerar cómo su hija —prometida y a salvo hasta hacía escasas horas— rechazaba a posta la tabla de salvación que proporcionaba el matrimonio para lanzarse al mundo como una pérdida a su libre albedrío? Si el difunto señor Hale estuviera todavía entre los vivos, nada de esto estaría pasando. Pero ella, ¡pobre de ella!, era una mujer sola e indefensa y, el mundo, ¡incluso sus propias hijas!, abusaban de esa debilidad constantemente.

—Cortar las alas, cortar las alas... —murmuró paladeando con amargura las palabras—. ¿Acaso eres un pájaro?

Violet permanecía en pie, inmóvil, mientras las observaba a ambas en silencio y dedicaba a su hermana mayor una expresión pletórica de fraternal orgullo. Resultaba admirable que, por una vez, Rebecca estuviera dispuesta a tomar las riendas de su existencia sin someterse a los deseos de los demás. Y, especialmente, resultaba admirable que, por una vez, decidiera no someterse a los deseos de aquel mequetrefe de Martin Keats. Es más, por una vez, resultaba tremendamente satisfactorio que Martin Keats permaneciera completamente fuera de su perspectiva.

Porque Rebecca era dulce y apacible como un bálsamo de aceite es a las heridas. Siempre tomaba la porción más pequeña para sí, enmudecía ante las adversidades, se sometía a ellas y tiraba del carro familiar con un brío y un tesón dignos

de un integrante del otro sexo. Siempre claudicaba a la complacencia de todo el mundo, siempre se resignaba y aceptaba lo que la vida —o cualquiera más avisado que ella— le deparara. Mientras que Martin Keats... ¡Oh! ¿Acaso había existido en toda la historia de Inglaterra hombre más presuntuoso y presumido que el estúpido lechuguino de Martin?

—¿Y a dónde irás? —rugió la señora Hale, tan emponzoñada en esos momentos que una sola gota de saliva que escapara de su boca podría acabar con una milicia por completo—. ¿Has olvidado que no disponemos de ningún pariente que pueda valernos en toda Inglaterra, muchacha insensata?

La voz adquirió un tono insultante. No obstante fue incapaz de evitar la aparición de una pérfida sonrisa ante la victoria absoluta que tal afirmación le reportaba. Rebecca no se amilanó. Empezaba a tomarle el gusto a la maravillosa posibilidad de dirigir su propia existencia.

—Trabajaré para salir adelante.

Violet dio un respingo de sorpresa, mientras su progenitora sentía que el mundo en derredor se volvía completamente del revés.

—¿Trabajar? ¿Una hija mía? ¡Pero en qué mundo vivimos!

La maltrecha señora se obligó a sujetarse al respaldo de una silla con tal de concederse, al menos, un minuto de estabilidad. Definitivamente, aquella muchacha insensata se había vuelto loca, había perdido por completo todo atisbo de buen juicio, había...

—¿Te has vuelto loca? —bramó con un tono de voz que imitaba el quejido de una garza agónica—. ¿Acaso nos hemos vuelto todos locos? ¡Eres una señorita, Rebecca Hale! Dile algo a tu hermana, por el amor de Dios. —miró a Violet en

busca de un apoyo moral que no obtuvo, puesto que la joven continuaba observando fascinada a su hermana mayor—. ¡Trabajar! ¡Si nunca has hecho en tu vida otra cosa más que bordar, pintar y desmontar sombreros de alambre! ¡Trabajar, menuda insensatez, menuda ordinariez!

—Te recuerdo que la Biblia nos dice que el trabajo ennoblece a las personas...

—Observa las manos agrietadas y llenas de sabañones de las criadas e intenta encontrar nobleza en ellas, criatura insensata. ¡Ennoblecere a las personas! ¡Qué estupidez! —bramó la mujer fuera de sí—. ¿Y qué piensas hacer? ¿Destriparás pescado en los muelles? ¿Darás de comer a los cerdos? ¿Limpiarás letrinas en las casas de posta? ¿Qué clase de nobleza existe en eso, boba del demonio?

Rebecca frunció el ceño, perfectamente consciente de sus limitaciones. Miró sus pálidas manos de nieve y sus dedos, largos y finos, que jamás habían sufrido ninguna inclemencia, y el corazón se aovilló acobardado en su pecho.

—Buscaré trabajo como institutriz en una casa respetable. Eso sí puedo hacerlo.

La señora Hale resopló de hartazgo. Agotada, alisó momentáneamente todas las arrugas de su rostro al arrastrar la mano por toda la cara. Por lo visto, todo aquello iba en serio.

—Por el amor de Dios, ¿qué necesidad hay de degradarse hasta ese extremo? ¿Qué necesidad hay de...? —Suspiró en profundidad—. ¡Oh, te lo prohíbo, insensata, te lo prohíbo!

—¿Degradarme, madre? —La muchacha sonrió, ahora sinceramente divertida, aunque el picor que principiaba a fraguarse en el interior de sus párpados no auguraba ninguna diversión—. Te recuerdo que mi prometido desde hace diez años acaba de romper nuestro compromiso de forma inespe-

rada; no sé qué otro asunto podría resultar más lamentable y humillante para mí en estos momentos.

El picor en el interior de sus párpados empezaba a resultar preocupante.

—¡Eres una señorita, y las señoritas decentes no se rebajan a ejercer una profesión! ¿Tan difícil resulta de entender? ¡La gente pensará que estamos arruinados!

—¿Y acaso no lo estamos?

La señora se arrancó la cofia de la cabeza en un arrebato de desesperación y dejó al descubierto una cabellera rala, lacia y agrisada que normalmente, dada su imperfección, ocultaba bajo el amparo de aquel socorrido complemento.

—¡Si tu padre estuviera todavía entre nosotros...!

—¡Si padre estuviera aquí no consentiría que su familia pasara hambre pudiendo trabajar para salir adelante! —cortó Rebecca, encendida ante la terquedad de su madre—. Además, ¿qué sucederá si Martin regresa de viaje con una joven colgada del brazo? ¿El mundo seguirá girando igualmente para mí? ¿Debería seguir girando para mí?

—¡Eso no va a suceder! —La señora Hale sacudió la cabeza como si pretendiera descartar de inmediato semejante posibilidad—. Estoy segura que a nuestro querido Martin no se le ocurriría obrar de un modo tan imprudente.

Violet alzó una ceja y resopló burlándose descaradamente de la ingenuidad materna.

—¿Pero qué sucederá si lo hace? —insistió Rebecca—. ¿Estaré obligada entonces a soportar semejante humillación? ¿Deberé guardar la compostura y felicitarlo por ser capaz de reanudar su vida mientras yo me muero por dentro? ¿O acaso piensas invitarlo a él y a su esposa a tomar el té el tercer miércoles de cada mes?

La señora Hale balbuceó vocablos mudos, puesto que era incapaz de pronunciar palabra.

—¿Me obligarás también a que les sirva yo misma el té? —Inhaló y retuvo el aire en los pulmones durante un largo minuto—. No podría soportarlo, madre; debo marcharme de aquí. Si me quedo, sentiría que me ahogo, sentiría su presencia cada día, en cada esquina. ¿No lo entiendes? —Se llevó las manos al talle e inhaló en profundidad—. Me iré de Greenbough te guste o no, pero me gustaría hacerlo llevándome tu bendición. —Exhaló lentamente, como si desinflar la caja torácica supusiera un terrible dolor para ella, una nueva pérdida irreparable—. ¡Deja de llamarlo “nuestro querido Martin”, por el amor de Dios! ¡Ha dejado de ser “nuestro querido Martin” desde que franqueó esa horrible carta!

Se había encendido de tal forma durante su acalorado discurso que todas sus pecas desaparecieron bajo las rosas de sus mejillas. Abrió la boca y tragó una ingente cantidad de aire en un intento por acompasar su respiración y amoldarla a un ritmo más normal.

—Esto... —Esbozó una sonrisa rezumante de sarcasmo—. Cielo santo, esto no tiene ningún sentido...

Tras pasear la vista por los rostros consternados de sus contertulias, abandonó la estancia con decisión, a grandes zancadas, mientras sostenía aún entre los dedos, como un ovillo estrujado, la misiva instigadora. De no ser porque a su madre le hubiera dado a buen seguro una embolia, Violet hubiera bendecido las palabras de su hermana mayor aplaudiendo hasta hartarse.